

Saludo a la Cigüeña

¡Qué traes bajo tus alas, peregrina de continentes?

¿Qué estrella misteriosa guió tu afán viajero?

¡Vuelves con la nostalgia en tus ojos de tu viejo nido y en tu corazón el tierno recuerdo de tu pasado idilio amoroso!

¡Y vuelves a nosotros que esperamos ansiosos tu vuelta, año tras año porque nos traes contigo la Primavera!

¡Y como el agua no sabe que es música en el regato!

¡Y como la rosa no sabe que alegra y perfuma!...

Tú, con tu retorno, al perfilar en la torre tu silueta de efigie hierática, en esa quietud bizantina de estatua orante, nos das compañía, y ejemplo, y sosiego, y un dulce reproche a esta vida de dinámico paroxismo que llevamos.

¡Cigüeña, zanjularga y silenciosa compañera de mis ratos de quietud espiritual; tú me animas a seguir mis monótonos trabajos, y me recuerdas mansamente que es dichoso el que vuelve al rincón donde suspiró su corazón con ansias de amor y de fe!

¡¡Bienvenida seas cigüeña amiga!!

¡Ave cartuja te llamaba un poeta

porque ibas al Paular:

Buscabas el silencio y el nido,

huías como el monje

del mundo y del ruido

y buscabas el dulce

sosiego del hogar...!

GREGORIO GALLEG0 CEPEDA

PAGINAS ANTOLOGICAS

BALADA DEL NIÑO ARQUERO

I

El rapaz de los ojos vendados golpea mi puerta y su golpe atraviesa temblando la casa desierta:

—Voy, Amor... ¡Con qué afán mis deseos bajaron a abrirle!

Entra, Amor; francas tengo mis puertas para recibirte...

¡Todo el día arreglando mi casa, desde muy temprano, por que en todo resultara digna del gentil tirano!

Las estancias recogen el ánimo de pulcras y olientes.

He colmado los viejos tibores de flores recientes,

y por dar a su carne rosada reposo y provecho, con plumón y con cándidos linos conforté mi lecho...

¡Como un ascua reluce esta noche mi vieja morada, cual si lleno la hubiesen de estrellas, toda iluminada!

El rapaz de los ojos vendados golpea mi puerta y su golpe estremece de gozo la casa desierta...

—¡Te esperaba! A mi ruego devoto fué blando el Destino;

con las rosas primeras del año te alfombré un camino,

y en la arcada de piedra musgosa que marca el lindero, bajo un verde festón de follaje, colgué este letrero:

«¡Caminante que llevas por báculo un arco encantado y a la espalda, supliendo la alforja, tu carcaj dorado:

no prosigas tu viaje más lejos, que estás en tu casa.

Jovencito: Si Eros o Cupido te llames, ¡pasa!»

El rapaz de los ojos vendados franqueó mi puerta:

¡su visita dejó perfumada la casa desierta!

II

¡Cuatro veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido!

¡Más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

¡Cuatro heridas sangrientas que el arquero causó, envenenadas!

¡Oh dolor! Cuatro duras saetas en mi alma clavadas:

La primera en la frente descargó su artificio violento...

¡Su ponzoña hizo presa en la llama de mi pensamiento!

La segunda, en los ojos. ¡Ciego soy, mas me sirve de guía, en la ruta, una mano que siento temblar en la mía!

La tercera, en la boca. ¡Mi mal tiene delirio sonoro: repetir de continuo las cifras de un nombre de oro!

Y la cuarta en el pecho... ¡Oh, malhaya la punta homicida, que, a la par de causarme la muerte, dejóme la vida!

¡Cuatro veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido; más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

¡Oh tristeza! Mi alma, que un pacífico sueño envolvía, por tu causa salmodia la pena de esta letanía:

«Duro Amor veleidoso... Simulacro de eternos ardores: